

Antonio Castro Leal

## Mi harem pictórico



**H**ACE años, pobre, vivía de la tranquila mirada de la Santa Catalina de Pietro Lorenzetti. Discurría por Nueva York, entre un millón de judías, sin darme cuenta de que la Santa tenía rostro israelita. Así es el amor.

Después, las mujeres se me quebraron en el cubismo, y perdí el gusto como un cloroformado de ayer. Dentro de mí llevaba, como un sueño, los suaves volúmenes del *Baño turco* de Ingres; vivía en una perpetua lucha entre mis visiones y las mujeres de la pintura post-impresionista. Me apasioné, pero por mucho tiempo mis amantes turcas fueron un recuerdo que me obligó a la soledad.

Me volvieron al trato humano las mujeres de Renoir. Nunca viví, sin embargo, en verdadera intimidad con ellas; palpitaban, pero de su desnudez me quedaba la movida impresión del amante al que no se le permitió contemplar largo rato. En Cézanne nos vitalizaron, más que sus mujeres inquietas, sus ricos manjares inmóviles: sus peras y sus uvas, sus manzanas y sus vinos; la

sustancia de sus compoteras. ¡Ah! pero para poblar mi harem, tenía las mujeres que, recostadas o danzando, creaban los geniales apuntes de los pintores y escultores, donde una línea neta encerraba, con misteriosa fuerza de realización, un intenso volumen plástico.

Después de la guerra, la vida fué mejor. Las mujeres llegaron; mujeres sensuales, mujeres graves, llenas de sinceridad y de valentía, con un profundo sentido de inteligencia, de confianza y de convivencia. Hasta dónde podían decirse descendientes de aquellas que se quebraban años antes en los cristales o se bañaban en las aguas turbias de las praderas, todos lo saben. Eran hijas o nietas de aquellas otras; descendientes limpias y ecuanímenes de una generación inquieta. Empiezan a llenar mis mansiones; tienen la firmeza de las cosas bien construídas, su piel es sólo la superficie de su masa, y se acusan con rotundidad escultórica; de tal calidad es su substancia, que, ante ellas, las nuevas leyes de gravedad rigen, no sólo para la luz, sino para la visión. Estas mujeres subrayan su volumen, más que las construcciones suaves de Ingres, en donde hay un tacto más natural; parece que de entonces acá la carne se hubiera endurecido. Estas mujeres superiores, estoicas o voluptuosas, sólo sufren del *imperativo escultórico!*

Las encuentro en todos los grandes pintores modernos, en André Derain y en Felice Casorati, en José de Togores y en nuestro Diego Rivera. Unas tuvieron al principio un aire bestial y gigantesco, en otras la carne era una composición pétreo perfectamente pulimentada, pero han ido suavizándose de humanidad. Y aunque todas son soberbias, algunas se marchitarán antes

que las otras. Entre tanto, vivo feliz como en mis tiempos del *Baño turco*.

Sin embargo, nunca nos dejan las preocupaciones. Ahora un deseo me enciende de inquietud. A pesar de que mi harem es numeroso y sólo en la antigüedad pudo encontrar igual, no descansaré hasta agregarle una nueva maravilla, acaso la más perfecta de todas; la milagrosa y natural desnudez de la dama de «La mantilla blanca» de Picasso.

Mi harem se derrama por el mundo; no hay lugar donde no encuentre alguna de estas mujeres desnudas, de perfiles distintos y volúmenes escultóricos, construídas para estético placer de turcos imaginativos, de aficionados sinceros y de filósofos sensuales.

A la hora del deseo, recorriendo la decimacuarta *Exposición de Arte* celebrada hace unos cuantos meses en Venecia, se levantó a mis espaldas una voz que murmuraba de la familia de algunas de estas mujeres mías. No puedo olvidar aquella frase, decía: «Lasciamo stare Piero della Francesca, per amore di Dio!»

ANTONIO CASTRO LEAL.